

Paraísos e infiernos en las literaturas europeas del siglo XX

Paraisos and hells in the European literature of the twentieth century

RESUMEN: Este texto aborda las particularidades de la literatura europea en el contexto del totalitarismo nazi y el comunista, así como de las dos guerras mundiales del siglo XX. La autora acentúa el importante papel que ha tenido la literatura al ser testigo de uno de los siglos más violentos de la historia de la humanidad, lo que ejemplifica principalmente a través de la vida y obra de Primo Levi (1919-1987) y de los premios Nobel de literatura Czesław Miłosz (1911-2004) e Imre Kerstész (1929-2016). De Levi y Kerstész destaca la indisoluble relación de su obra literaria con su experiencia personal como sobrevivientes del holocausto, quienes junto con Miłosz también fueron grandes críticos de las dictaduras socialistas en Europa.

PALABRAS CLAVE: Literatura y holocausto, Primo Levi, Imre Kertész, Czesław Miłosz, totalitarismos siglo XX.

ABSTRACT: This paper addresses the distinctive features of European literature in the context of Nazi and communist totalitarianism and the two world wars in the twentieth century. The author emphasizes the important role that literature has played in witnessing one of the most violent centuries in the history of mankind and this is mainly exemplified through the life and work of Primo Levi (1919-1987) and the Nobel Prize winners for Literature Czesław Miłosz (1911-2004) and Imre Kerstész (1929-2016). Both Levi and Kerstész underline the indissoluble relationship between their literary work and their personal experiences as holocaust survivors and who along with Miłosz were also great critics of the socialist dictatorships in Europe.

KEY WORDS: Literature and holocaust, Primo Levi, Imre Kertész, Czesław Miłosz, totalitarianism, 20th century.

Mercedes Monmany
Escritora y crítica literaria

Recibido: 19/11/2016
Aceptado: 12/12/2016

VERBUM ET LINGUA

NÚM. 8
JULIO / DICIEMBRE 2016
ISSN 2007-7319

Este texto fue presentado como ponencia en el marco de la Cátedra Julio Cortázar de la Universidad de Guadalajara el 8 de marzo de 2012. Agradecemos a la Cátedra haber otorgado el derecho de publicación a *Verbum et Lingua*.

En 1992, 30 años después de aparecer su famoso volumen o compendio del exterminio de los judíos en Europa, *La destrucción de los judíos europeos*, el historiador austriaco Raul Hilberg publicó un libro titulado *Ejecutores, víctimas, testigos*. En él, por segmentos, dependiendo de un grado u otro de colaboración activa en aquel crimen masivo que fue el Holocausto, Hilberg iba especificando los oficios –militares, médicos, juristas, funcionarios– o habitantes de países –ucranianos, bálticos, alemanes, franceses, italianos, polacos– que habían participado bien como perpetradores, bien como testigos y observadores más o menos pasivos de los hechos. Las víctimas, siempre, eran mucho más claras y menos desglosables: judíos, de los que Hitler había decretado su total aniquilación, así como la de todo tipo de opositores políticos al nacionalsocialismo o en general a la dominación nazi en cada país que iba invadiendo.

¿Es el siglo XX en Europa un resumen del título de Hilberg, *Ejecutores, víctimas, testigos*? Si recorremos la historia por separado de cada país –y quien dice historia dice su literatura, sus testimonios escritos, las memorias dejadas por personajes anónimos o célebres, las recopilaciones de artículos– parecería que en estos tres grandes apartados se podría encerrar a todo un continente, con sus mayores o menores glorias y vergüenzas, con sus más sangrientos infiernos y sus más o menos felices y esplendorosos paraísos. Unos paraísos que nos reconcilian, una y otra vez, por invisibles que pudieran parecer, dependiendo de los periodos de opresión, miseria, miedo y persecución que se fueron sucediendo en el tiempo, con el ser humano. Con esa especie humana indestructible en su esencia,

como clamaba el título del libro escrito por el ex prisionero de los campos de concentración de Buchenwald y Dachau, Robert Antelme, ex marido de Marguerite Duras. Una especie humana a la que nunca dejaron de pertenecer, por insufribles y brutales que fueran las condiciones, los presos allí internados. Así lo expresaría Antelme (2001): “Ser hombre significa sobre todo una resistencia absoluta, ineludible, a la aniquilación”.

El siglo XX será ya para siempre designado como el más violento de la historia de la humanidad. Dos totalitarismos: el nazi y el comunista, además de dos guerras mundiales transcurridas en suelo europeo, tendrán mucho que ver en esto. Si observamos la historia de la humanidad como un enorme palimpsesto que va dejando a su paso grandes o ínfimos acontecimientos, terribles tragedias y masacres, así como logros espectaculares en el campo de la ciencia y la investigación –y por supuesto, en arte, escritura, música, cine, distracciones–, avances sociales y bienestar que hacen más feliz la vida de la gente durante periodos de paz y democracia firme y asentada, y podemos contemplar al mismo tiempo la historia de la literatura como un resumen de todo ello: de lo peor y lo mejor de la especie humana; de lo más alegre y benéfico y de lo más dañino y cruel. Todos conocen la célebre frase de Marx (1974): “La historia se repite siempre dos veces, primero como tragedia y luego como farsa”. O se podría añadir: como una larga y prolongada tragicomedia. ¿Qué son sino las obras del checo Kundera?, ¿o las de su compatriota Bohumil Hrabal? Por no hablar de esa risa triste que siempre amparó y protegió a lo largo de su vida las bromas y

juegos literarios del francés Georges Perec. Huérfano de judíos masacrados, su padre murió al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, como soldado, y su madre, sería asesinada en Auschwitz poco después. O si no, ese humor soviético, que aunque parezca imposible, en periodos de una leve permisividad, durante el NEP (Nueva Política Económica) decretado por Lenin en los años 20, tuvo sus geniales representantes en una pareja de periodistas judíos, Ilf y Petrov (1975), que compondrían carcajeantes novelas protagonizadas por un pícaro vividor, Ostap Béndér, recordadas aún hoy en su país de origen.

Hay un momento en la gran obra *Vida y destino* del ruso Vasili Grossman (2007), novelario que podría denominarse la *Guerra y paz* de la batalla de Stalingrado y de la invasión nazi en la Unión Soviética, una obra que tras muchos avatares este escritor concluiría en 1960, valiéndose de un siniestro personaje llamado Liss, oficial de la Gestapo, quien lanza una cínica perorata a su prisionero ruso, el viejo bolchevique Mostovskoi:

No veo razón para nuestra enemistad. En el mundo existen dos grandes revolucionarios: Stalin y nuestro Führer. Stalin nos ha enseñado muchas cosas. Para construir el socialismo, Stalin no vaciló: liquidó a millones de campesinos. Nuestro Hitler advirtió que al movimiento nacionalsocialista alemán le estorbaba un enemigo y decidió liquidar a millones de judíos. Pero Stalin no es sólo un discípulo, es también un genio. En la Noche de los Cuchillos Largos encontró la idea de las grandes purgas del Partido en 1937. Debe

creerme: sé que para usted soy su espejo (Grossman, 2007).

Esta cínica perorata se repetiría, e intercambiaría, por partido doble, a lo largo del siglo XX. Algunos escritores, como es el caso del Premio Nobel de Literatura Imre Kertész, o del rumano Norman Manea, lo sufrirían de modo dual y en sus obras dejarían impresionantes testimonios de esa tiranía sufrida en sus propias carnes: primero la nazi, al ser judíos, y luego la comunista, al no aceptar la sumisión a un sistema totalitario. Así lo expresó Norman Manea (2005) —deportado junto a su familia cuando solo era un niño, a un campo de concentración en lo que es hoy Ucrania— en su libro autobiográfico *El regreso del húligan*:

Dos exilios: a los cinco años, por culpa de un dictador y de su ideología (es decir, Antonescu, aliado de la Guardia de Hierro, los feroces fascistas rumanos de los años 30, entre los que se contaban entonces Cioran y Mircea Eliade) que se completó a los 50 años, por culpa de otro dictador (Ceausescu) de una ideología aparentemente opuesta.

Obsérvese la ironía de este autor en concreto, al utilizar la palabra “aparentemente”.

A lo largo de los últimos años han ido coincidiendo, de forma progresiva varios aniversarios importantes, de gran significación y simbolismo en lo que se refiere a la historia del pasado siglo en Europa. Uno de ellos fue la conmemoración en 2014 del aniversario del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Un funesto espoletazo

de salida que daría paso nada más ni nada menos que a dos guerras mundiales, y que tuvo lugar el 28 de julio de 1914 para finalizar el 11 de noviembre de 1918. Nada sería igual desde entonces. Nadie saldría indemne de la denominada en francés *Grande Guerre*: ni los millones de muertos muchas veces enterrados en tumbas anónimas, ni los atrocemente heridos y mutilados que pasearían por calles y plazas de un moribundo continente el recuerdo devastador e inquietantemente vivo aún de la tragedia, ni los miles de familiares y huérfanos entregados a la beneficencia. Como se sabe, las fronteras serían redibujadas, cuatro grandes imperios desaparecerían del mapa de un plumazo y Estados, economías, sociedades europeas o no europeas, saldrían transformadas, en ocasiones radicalmente. “El combate final, el último asalto parecía haber llegado. El destino de pueblos enteros había sido arrojado a la balanza. Se trataba del porvenir del mundo” (Jünger, 1987), diría el escritor y militar alemán, participante en las dos guerras mundiales, Ernst Jünger, en su gran clásico de aquella apocalíptica contienda titulado *Tempestades de acero* (1920). Otros importantes clásicos de aquella contienda, la Primera Guerra Mundial, estarían firmados por grandes escritores franceses como Blaise Cendrars, Henri Barbusse, Gabriel Chevalier, Romain Rolland, Céline o Drieu La Rochelle; por italianos como Emilio Lussu, o por jóvenes poetas británicos muertos en combate como Wilfred Owen.

El campo político abonaría lo desconocido con la emergencia furiosa del comunismo y de los fascismos, cuya irresistible fuerza de atracción sobre las poblaciones europeas era uno de los más amar-

gos frutos de la Guerra del 14. Las formas de la guerra en sí habían sido enteramente modificadas a causa de la extrema brutalidad del combate y de la triste y salvaje consolidación de unas “culturas de guerra” nacionales. La guerra también arruinó las finanzas públicas y las monedas de los países europeos, convirtiéndose Estados Unidos en el gran donante de fondos mundiales. Vencedores y vencidos sufrirían las mismas consecuencias humanas tras cuatro años de conflicto. Pero la intransigencia de los primeros –los vencedores– unida a la amargura de los segundos –los vencidos– desembocó fatalmente en un desastre político y cultural del que la Segunda Guerra Mundial sería la consecuencia más directa. En resumen, los años que van de 1914 a 1918, sacudiendo al mundo entero tras de sí, orientaron fatalmente el destino trágico del siglo XX.

Aunque también, por supuesto, muchos de estos periódicos aniversarios celebrados estos últimos años a lo largo y ancho de Europa tienen que ver, muy en concreto, con lo que se refiere a la descomunal tragedia que fue la Segunda Guerra Mundial. Una tragedia aún viva y en tantos aspectos latente. Al menos en lo referido al gran número de advertencias y desgraciadas lecciones, como es el caso de la intolerancia y la xenofobia; aspectos que todos los ciudadanos actuales europeos tienen que revisar sin cesar, una y otra vez, por consabido y asumido que parezca todo. Como cualquiera en nuestros días puede advertir, se trata de una bibliografía y filmografía que a través de estudios pormenorizados, de ensayos y nuevas revelaciones, de novelas magníficas como la citada *Vida y destino*, de las obras recuperadas y cada vez más

reeditadas de autores espléndidos durante un tiempo olvidados como la francesa Irène Némirovsky, el húngaro Sándor Márai, los alemanes Klaus Mann, Hans Fallada y Wolfgang Koeppen, o los polacos Tadeusz Borowski y Zofia Nalkowska, por citar solo algunos. También de películas y excelentes documentales. En vez de concluir aquel periodo salvaje y atroz, de dar el cerrojazo de una vez por todas, la documentación no deja de crecer día a día, ofreciendo la impresión a los lectores y espectadores de obras audiovisuales de que su huella devastadora y atroz, así como sus posibles ecos y consecuencias, no dejan de horrorizar y de provocar angustiadas preguntas a los europeos actuales, se trate del país que se trate. Un siglo, el llamado siglo XX de los totalitarismos, que –como terroríficamente expresaba la cita de Vasili Grossman (2007) de *Vida y destino*– tuvo como principal característica que lo peor y más infernal –el comunismo y el nazismo– coincidió en la tierra en un mismo momento, retroalimentándose e imitándose sin cesar. Algo que cualquiera persona mínimamente informada y sensata, no cegada por ideologías extremas, hoy tiene claro; es decir, el equipararlos y ponerlos en el mismo nivel en tan macabra balanza, con sus diferencias y “enemigos interiores” a abatir. Aunque no siempre fue así.

Como se sabe, durante años un espeso velo negro de ceguera voluntaria, gracias sobre todo a propagandistas activos de la izquierda occidental, del tipo de Jean-Paul Sartre y Louis Aragon, por no citar a otros muchos, no solo ayudó a hacerse de la vista gorda, sino a negar categóricamente la existencia de gulags y masacres de millones de personas en la Unión Soviética.

Todo lo que tenía que ver con los crímenes del comunismo y, más específicamente, con las atroces y constantes carnicerías del estalinismo que alcanzaron una especial virulencia en los años treinta, a través de hambrunas provocadas como la de Ucrania en 1932-1933 que ocasionó la muerte de 6 000 000 de campesinos, las detenciones arbitrarias, juicios sumarísimos y fusilamientos con burdos procesos amañados, o las deportaciones masivas a otras regiones, en las que morirían cientos de miles de desplazados sin una razón concreta, como es el caso de la tristemente célebre “Isla de los Caníbales”, donde fueron arrojados sin alimentos ni herramientas de trabajo de ninguna clase 6 000 personas, en pleno invierno, quienes acabaron devorándose unos a otros; todo ello era cuidadosa y ardorosamente ocultado. Hoy los historiadores cifran en más de 20 000 000 los muertos del comunismo, durante los años de “gloriosa construcción del socialismo”, como decían aquellos dirigentes. A lo largo de décadas enteras, los críticos más “selectivos” de la izquierda establecerían diferencias a la hora de clasificar la monstruosidad de aquellos déspotas criminales.

Testigos, salvados, convertidos

Hemos hablado de las tragedias del siglo XX y de algunos de los mejores escritores –entre muchos otros– que supieron reflejarlas de forma magistral en ocasiones dentro del ámbito de la literatura. Los dos totalitarismos –de forma paradójica y a pesar de las dificultades para publicar, así como de la censura reinante durante décadas– dieron grandes maestros de la literatura, que también han surgido en tiempos de paz, por supuesto. O bien autores ambiguos o

directamente poco ejemplares en sus gestos públicos, así como en sus opiniones políticas, como serían los franceses Louis Ferdinand Céline y Drieu la Rochelle, o los alemanes Gottfried Benn y Ernst Jünger, por citar algunos. Pero quería recordar brevemente autores cuyas obras más admiro. En concreto, recordar al gran escritor italiano Primo Levi y a otro sobreviviente de los campos, e importantísimo creador de nuestros días, el húngaro Imre Kertész.

Me gustaría mencionar a uno de los más grandes premios Nobel de Literatura del siglo XX, el poeta, narrador y ensayista polaco, nacido en Lituania, Czesław Miłosz. Alguien que no comparte en absoluto la biografía de los anteriores –judíos que sobrevivieron a los campos de exterminio– pero que me parece también de enorme interés no solo por su inmensa altura literaria, sino por la posición valiente que adoptó al cambiar de bando, alejándose del comunismo en el que había militado en sus primeros años, en la época de la formación de los bloques políticos que dejaron dividida Europa en dos, recién acabada la Segunda Guerra Mundial. También el ruso y judío Vasili Grossman sufriría un parecido cambio de posicionamiento, desde su militancia en la ideología comunista, hasta denunciar las falacias e imposturas de esa utopía cada vez más criminal. Un escritor que permaneció plegado durante años a la más absoluta ortodoxia comunista y que en los años más duros del estalinismo, aún se mostraba remiso a firmar, actuar o interceder por antiguos compañeros del Partido o incluso por familiares, liquidados sin piedad en las terribles purgas de los años 1937 y 1938.

La “conversión” de Grossman para *militar* en el campo de la “bondad” –como

a él le gustaba denominarlo– tendría lugar paulatinamente y, en especial, en los años de la Segunda Guerra Mundial. La guerra le daría un vuelco a su percepción del sistema soviético: entre sangrientos combates y exterminios de los judíos en Europa, Grossman comenzó a vislumbrar la realidad del Estado comunista y situó en paralelo las esencias totalitarias de los regímenes estalinista y hitleriano. Para su rebelión –la de él y la de tantos otros *siervos* de aquella tiranía mucho más grises, tantas almas sencillas y anónimas– Grossman siempre prefirió utilizar la palabra “bondad”, antes que “el Bien”, ese bien por el que se combatía dentro de cruzadas y batallas ideológicas. A la hora de elegir, él prefería el ejercicio simple y humilde de la bondad y del amor; el ejercicio de la verdad y de una compasión por el prójimo que no necesitaba de testigos, “al modo de una pequeña bondad libre de ideología y casi de pensamiento” (Grossman, 2007). Tanto él, como su álter ego, el judío Shtrum de *Vida y destino* que, como revolucionario “se sentía acechado por la duda, el sufrimiento y la desesperación” (*ibidem*) había sabido que su madre fue asesinada en 1941, víctima de los batallones de exterminio, los feroces Einsatzgruppen, en el momento de la ocupación de Berdichev, en Ucrania.

Una madre a la que Grossman le dedica mentalmente *Vida y destino* y a la que “el odio del que fue víctima no le hizo experimentar odio ninguno” (*ibidem*). Así lo escribió su hijo en una carta dirigida a ella encontrada en el momento de su fallecimiento, que tuvo lugar en Moscú, en 1964: “Tú representas para mí lo humano por excelencia y tu terrible destino es el de la humanidad en tiempos inhumanos” (*ibidem*).

Una vez acabada la guerra, y una vez dividido el continente europeo en dos bloques, no tardaron en comenzar a aparecer en unos u otros países de la Europa Central, grandes escritores que se enfrentaron y que revelaron a través de sus obras los regímenes totalitarios instalados durante décadas en el Este de Europa; es decir, en la Rusia soviética y en sus países satélites del Pacto de Varsovia, incluidos los disidentes dentro del comunismo o no alineados, como serían Yugoslavia y Rumanía. En este apartado, hoy día, no se puede entender la literatura del siglo XX o la historia del continente europeo en sí, sin acercarse no solo a la obra del checo Milan Kundera –de los pocos escritores vivos que han entrado a formar parte de la prestigiosa Enciclopédie de la Pléiade francesa– sino a las obras del que considero otro importantísimo escritor: el serbio y judío Danilo Kis, alabado como un clásico por autores como Susan Sontag y autor de *Enciclopedia de los muertos* (2008), y de *Una tumba para Boris Davidovich* (2007), entre otras obras realmente memorables, publicadas antes de su prematuro fallecimiento, sucedido en 1989, poco antes de la caída del Muro, cuando aún se hallaba exiliado en Francia. Un escritor que se podría considerar como un gran innovador de las literaturas centroeuropeas en general, como una especie de Joyce de los Balcanes. Por otro lado, se trataba de alguien que, como Imre Kertész y Norman Manea, sufrió la doble tiranía, nazi y comunista. Huérfano de padre, un judío húngaro asesinado en Auschwitz en 1944, a los siete años de edad, Kis presencié la matanza de judíos y serbios llevada a cabo por los fascistas húngaros en Novi Sad, en la Voivodina, donde residía su familia.

Hablando de esto, de las duras pruebas del destino en la vida de los que fueron luego grandes escritores del siglo XX, cabría preguntarse: ¿puede salvar la literatura? Si nos atenemos a ello, algunos autores nos han dejado en su obra el testimonio emocionante de ese orgullo de la pertenencia a una *especie humana*, como decía el francés Antelme, que ni en las condiciones más atroces se niega a sucumbir. Uno de ellos sería, por supuesto, ese magnífico maestro de la escritura y del humanismo en las mismas fauces del infierno, el ya citado Primo Levi.

Pero otros testigos igualmente indispensables e insustituibles en su especialidad, que elevaron a arte magistral ese difícil género de narrar el terror y la extrema crueldad desplegada por parte de unos seres humanos hacia otros seres humanos como ellos, serían el ruso Varlam Shalamov y sus impresionantes *Relatos de Kolimá* (2007), basados en sus años de cautiverio en el gulag soviético. O bien los polacos: Aleksander Wat, quien narraría también su paso por las prisiones estalinistas en el espléndido volumen autobiográfico *Mi siglo. Confesiones de un intelectual europeo* (2009), y Gustaw Herling-Grudzinski, autor de *Un mundo aparte* (2012), un clásico igualmente, como los libros del Premio Nobel Solzhenitsin, del infierno subhumano que era la vida de los condenados y represaliados políticos en los gulags.

Casado con Lidia Croce, una de las hijas del gran filósofo italiano Benedetto Croce, Gustaw Herling-Grudzinski se convertiría con el tiempo en uno de los grandes escritores del siglo XX. Nacido en 1919, en Kielce –tristemente famoso por haber tenido lugar allí un famoso *pogrom*, recién acabada la Segunda Guerra Mundial– y

fallecido en 2000, en la que fue su segunda casa durante 40 años de exilio —Nápoles— Herling conocería las más duras pruebas a las que lo sometió un siglo despiadado y criminal: por un lado, la deportación, en virtud del pacto germano-soviético, a un gulag cerca de Arkhangelsk (que retrataría de forma impresionante en su magnífico libro citado *Un mundo aparte*) y durante la guerra, ya a órdenes del general Wladyslaw Anders, en el ejército polaco, en su papel de soldado y héroe, tomando parte en la célebre batalla de Montecassino, después de haber pasado por el norte de África. En pleno infierno del gulag, Herling relataría el caso de algunos prisioneros, compañeros de barracón suyos, sin apenas esperanzas de sobrevivencia, “viviendo al más bajo nivel de humanidad”, que devoraban, sin embargo, hasta sabérselas de memoria, unas pocas obras de literatura francesa que habían logrado introducir en aquel inframundo inimaginable.

Pero también estarían casos literarios de enorme valor para la posteridad como el del maravilloso *Diario* llevado a cabo durante los años del nazismo por el filólogo judío, nacido en Landsberg, en la Prusia oriental, hoy territorio polaco, Victor Klemperer. Pasados los años de la guerra y la persecución, Klemperer se haría famoso por este célebre y minucioso diario escrito durante el periodo funesto del nazismo. Cuando una refugiada berlinesa le preguntó en una ocasión “¿Por qué estuvo usted en la cárcel?”, él responderá simplemente: “Pues por ciertas palabras... (haber ofendido al Führer, los símbolos y las instituciones del Tercer Reich)” (Klemperer, 2001). Es en ese momento en el que Klemperer, según escribe en su diario, por fin ve claro todo su arduo y solitario trabajo realizado en miles y miles

de páginas escondidas clandestinamente, hasta el fin de la guerra, por una amiga, en un lugar seguro, a salvo de bombardeos: un hospital. “Escuchas con tus oídos y escuchas la vida cotidiana, precisamente la vida cotidiana, lo corriente, lo normal, lo carente de brillo y de heroísmo” (*ibidem*), dirá Klemperer de esa tarea a veces puesta en entredicho por su “vana inutilidad” en medio de un mundo que se caía a pedazos día tras día: “¿Cree que está viviendo algo tan extraordinario? ¿No sabe usted que miles de otros viven situaciones mil veces peores? ¿Y no cree usted que se encontrarán cantidades ingentes de historiadores para describir esto?” (*ibidem*), le espetará alguien, casi ofendido, en una ocasión.

He citado algunas de las más conocidas deserciones del comunismo: el húngaro Arthur Koestler autor de una obra capital *El cero y el infinito* (2011); el poeta y memorialista Aleksander Wat; el periodista y escritor ruso Vasili Grossman, o el grandísimo poeta y Premio Nobel Czesław Miłosz. Pero hay otros casos de escritores que siempre me han producido admiración entre los que tuvieron el coraje de ver con lucidez determinadas atrocidades cometidas en nombre de la ideología y decidieron cambiar radicalmente al bando de la libertad, tras atravesar periodos de fanatismo y fe ciega en los sistemas totalitarios. Por ejemplo, los que entonaron en algún momento de su vida un *mea culpa* tras haber militado en las filas del fascismo. Ese fue el caso del rumano-francés Cioran, del español Dionisio Ridruejo y también el caso del gran escritor italiano Curzio Malaparte, célebre autor de *La piel* (2010a) y *Kaput* (2010b). También militó en las filas del fascismo mussoliniano su compatriota el si-

ciliano Vitaliano Brancati, autor de sátiras memorables como *Il bell'Antonio* (1949) o *Gli anni perduti* (1941), ambas aparecidas en los años cuarenta, lo mismo que las obras citadas de Malaparte.

Primo Levi, el narrador centauro:
¿por qué seguir hablando de atrocidades?

Piénsese bien hace no más de veinte años, en el corazón de esta civilizada Europa, alguien soñó un sueño demencial, el de levantar un imperio milenarismo sobre millones de cadáveres y de esclavos (...) Fueron muy pocos los que lo rechazaron (Levi y De Benedetti, 2009).

La frase no pertenece a ninguna obra futurista de Orwell, o a la serie *Juego de tronos*. Pertenece al “Testimonio para Eichmann”, recogido en el impresionante volumen *Así fue Auschwitz (Testimonios 1945-1986)*, que reúne recuerdos, informes para diversos tribunales que juzgaban los crímenes nazis y artículos escritos por Levi a su regreso de aquel intento sangriento, de inusitada violencia totalitaria, de cambiar el mundo y las reglas de lo humano por otro régimen brutal, donde reinaría sobre todo el terror:

Si el nacionalsocialismo hubiera prevalecido (y habría podido prevalecer) Europa entera, y quizás el mundo, se habría visto involucrada en un único sistema, en el que el odio, la intolerancia y el desprecio hubieran reinado sin oposición (*ibidem*).

¿Existe una patología especial que haga reconocibles a los monstruos, a los asesinos?

En su obra mundialmente célebre *Si esto es un hombre* (1999), el escritor italiano Primo Levi, advirtió: “Los monstruos existen, pero son demasiado pocos para ser verdaderamente peligrosos: los que son más peligrosos son los hombres corrientes” (Levi y De Benedetti, 2015). En diciembre de 1943, a los 24 años de edad, el futuro gran escritor que sería Primo Levi, conocido sobre todo por ser el más exacto y magistral narrador de la monstruosidad casi inexpresable llevada a cabo en los campos nazis de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial, fue detenido, junto a su grupo de partisanos del norte de Italia a causa de una denuncia. Interrogado al principio por la milicia fascista que lo había detenido y por la policía italiana fue enviado al campo de tránsito de Fossoli, cercano a Módena. No tardarían en hacerse cargo de ellos los alemanes. Las primeras “escuadras de protección” (SS) que Levi vería en su vida llegarían el 20 de febrero de 1944. Dos días después, junto a otros 650 judíos italianos, serían enviados todos ellos en vagones de ganado en los que estaba escrito simplemente “Auschwitz” —una palabra de la que ignoraban todo entonces— al Este de Europa, a Polonia. Nada más llegar a su destino, solo 95 de ellos serían seleccionados como “aptos para el trabajo”; es decir, no asesinados al llegar. Levi permanecería internado en el campo de concentración de Monowitz, dentro del complejo de Auschwitz, desde febrero de 1944 a enero de 1945, cuando el campo fue liberado por el Ejército Rojo.

Acabada la guerra, tanto él, químico de profesión, como su compañero, el médico Leonardo De Benedetti, con quien había compartido cautiverio, “con el fin de dar a conocer los horrores”, serían requeridos

por los libertadores para dar testimonio del calvario atravesado; es decir, “de todos los actos infames, deleznales, violentos, feroces, contrarios a las más elementales leyes de humanidad, a los que se veían sometidos los prisioneros del campo de Monowitz” (*ibidem*). Ese es el caso del minucioso y estremecedor “Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz (Auschwitz-Alta Silesia)”, parte de la obra *Así fue Auschwitz* (*ibidem*) que Levi redactaría por encargo de los Aliados, una vez acabada la guerra.

Detalles muchos de ellos conocidos a través de la sobrecogedora trilogía de Levi *Si esto es un hombre*, y de tantas otras obras publicadas sin cesar con el paso de los años. Pero no por conocido, por repetitivo que todo ello pudiera parecer en ocasiones, sería nunca suficientemente relatado a las generaciones venideras. Lo inconcebible se produjo, de una manera más simple de lo que pudiera parecer, advierte una y otra vez Levi.

La doctrina de la que nacieron los campos era muy simple, y por eso precisamente muy peligrosa: todo extranjero es un enemigo, y todo enemigo debe ser eliminado; y es extranjero todo aquel que se perciba como distinto, por su idioma, religión, apariencia, costumbres e ideas (*ibidem*).

¿Suena familiar esto en nuestros días? La capacidad de la historia para repetir la barbarie nos vuelve a parecer hoy, de nuevo, tenaz e inagotable.

“Lastrado por la responsabilidad” de haber vivido todo aquello y convocado “en

mi doble condición de testigo y escritor”, desde su primer libro manifiesta Levi poco antes de morir en 1986:

Deseé que todos mis escritos, aunque sólo estuvieran firmados por mí, fueran leídos como obras colectivas, como una voz que representara otras voces (...) Que fueran una embocadura, un puente, entre nosotros y nuestros lectores, especialmente los jóvenes. Mientras sigamos vivos, es nuestro deber hablar, sobre todo a quienes aún no habían nacido, con el fin de que sepan “hasta dónde se puede llegar” (*ibidem*).

La memoria, el olvido que se posa de forma inevitable conforme pasan años, traumas y generaciones, se convertiría en la obsesión de Levi para el resto de su vida. Todo ello lo llevaría a cabo de forma incansable, como una advertencia cuya finalidad es que nunca se repita. Con ese objetivo, no solo contestaría a las preguntas correspondientes en los distintos tribunales que juzgaban a los criminales nazis —a través de múltiples interrogatorios— sino que mantendría una intensa correspondencia con jóvenes que requerían de sus explicaciones, del misterio insondable de un mal absoluto que él y millones de personas habían vivido en carne propia. “Una intrincada red epistolar” incluía el confrontarse no solo con lectores italianos, sino con lectores alemanes de *Si esto es un hombre*: “Son las voces de los hijos, de los nietos de aquellos que cometieron aquellos hechos, o que permitieron que se cometiesen, o que no se tomaron la molestia de llegar a enterarse” (Levi, 1999). “¿Por

qué seguir hablando de atrocidades?” les dirá Levi a sus jóvenes interlocutores, también a los padres que no quieren “turbar la conciencia de sus hijos”.

Os hablamos de los campos de concentración –responderá– porque allí fue donde estuvimos y porque constituyen la página más deleznable de la historia humana (...) La historia no puede ser mutilada (...) Todo aquel que regrese para contar masacres de mujeres y niños, a manos de quien sea, en cualquier tierra, en el nombre de toda clase de ideologías, es nuestro hermano, y nuestra solidaridad está con él (*ibidem*).

Nacido en 1919 en Turín y fallecido en esa misma ciudad en 1987, el escritor italiano Primo Levi, más allá de su insustituible tarea como testigo de la historia, es considerado hoy como uno de los principales escritores del pasado siglo, en el nivel mundial. Su trilogía, o gran clásico, sobre los campos de concentración nazis, se levanta como un pilar indispensable para entender lo que son los momentos más negros y sombríos acaecidos en Europa a lo largo de ese siglo de la vergüenza y de la ignominia como fue el siglo XX. Una tragedia única que él definió así en su día:

En ningún otro lugar o tiempo se ha asistido a un fenómeno tan imprevisto y tan complejo como el nazismo y los campos de exterminio: nunca han sido exterminadas tantas vidas humanas en tan poco tiempo ni con una combinación tan lúcida de ingenio tecnológico, fanatismo y crueldad (Levi, 1989: 20).

Toda la obra de Levi no será más que un intento de exponer preguntas, de pretender contestarlas y a la vez propiciar que la gente se las plantee, ofreciendo su doloroso testimonio como víctima y testigo del horror. Preguntas que en épocas de paz él creyó fundamental que las nuevas generaciones nunca dejaran de materializar: ¿cuáles son las estructuras jerárquicas de un sistema autoritario y cuáles son las técnicas para aniquilar la personalidad del individuo?, ¿qué relaciones se crean entre opresores y oprimidos?, ¿quiénes son aquellos que viven y escogen la penumbra gris de la colaboración?, ¿cómo se construye un monstruo?, ¿era posible comprender desde dentro la lógica de la máquina exterminadora?, ¿era posible rebelarse contra ella?

Químico de profesión, Primo Levi hizo su debut en el campo de la literatura con el relato autobiográfico de su experiencia en el campo de concentración de Auschwitz, *Si esto es un hombre*, publicado por primera vez en 1947. Tras una larga pausa de 16 años, en 1963 publicaría su continuación, *La tregua* (1988), que narra el largo viaje de retorno a su patria, desde Polonia, una vez que el campo fue liberado por los rusos. Por último, Primo Levi publicaría en 1986 un conjunto de ensayos titulados *Los hundidos y los salvados* (1989) con los que concluía su famosa trilogía sobre los campos. Por su obra *La tregua* obtendría el premio Campiello; además publicaría las novelas *La llave estrella* (2001) en 1978, y *Si ahora no, ¿cuándo?* (2013), en 1982, la cual obtendría igualmente el Premio Campiello y también el Viareggio. A ellas hay que añadir además varios libros de cuentos y relatos; género en el que destacó desde el principio como un verdadero maestro.

En la obra en conjunto de Levi fue notable y llamativa la preponderancia de la forma breve, de la escena y el relato fragmentado. Salvo sus citadas novelas *La llave estrella*, que narra la vida de un joven trabajador italiano a lo largo y ancho del mundo, y *Si ahora no, ¿cuándo?*², que giraba en torno a las tribulaciones de un grupo de partisanos judíos sionistas durante la Segunda Guerra Mundial, intentando primero luchar contra los ocupantes y sobrevivir y más tarde llegar hasta Palestina, el resto de sus trabajos y escritos actúan como *collages* de piezas cortas, como si el género de la novela nunca hubiera sido adecuado para sus propósitos. En este capítulo de la forma breve, Levi publicaría con el seudónimo de Damiano Malabaila —la única vez que lo utilizó— su magnífico conjunto de relatos de 1966 *Historias naturales* (2013), que ganó el premio Bagutta. Otros más son: de 1971 *Defecto de forma* (2010), de 1981 *Lilit y otros relatos* (2002), o también esos exquisitos relatos inspirados en la actividad de químico, su profesión, de 1975 *El sistema periódico* (2014), una de sus obras maestras junto a su trilogía. Otros libros suyos, de género mixto, pero no por ello menos espléndidos, son: de 1981 *La búsqueda de las raíces* (2004), un conjunto o antología de libros comentados por él, y de 1985 los ensayos titulados *El oficio ajeno* (2011).

El partisano desastroso

Levi fue también un “partisano desastroso”, como él mismo se definió: “Partisano desastroso... Bachiller con educación humanista, pero al mismo tiempo también un químico y, finalmente, un ex deportado” (Levi y De Benedetti, 2015). Así sintetizaría, su propia vida y profesión. Recién lle-

gado de su largo calvario en los campos de exterminio, de su largo periodo de “muerto en vacaciones” (“un judío en manos alemanas es siempre un muerto en vacaciones”, le gustaba repetir al filósofo vienés y suicida Jean Améry, antiguo prisionero de Auschwitz), soñando aún cada noche con la palabra “Wstawac” (a levantarse), sus familiares, sus amigos, le tendrán que decir a Levi todo el tiempo: “¡Descansa!” (Améry, 2004). Hablaba mucho, relataba de una forma maníaca, sin parar: “Quería entender lo que le había pasado”, dirá una de sus mejores amigas. Había nacido, “gracias” a Auschwitz —sin él haberlo buscado anteriormente— un escritor.

A los 24 años, como hemos dicho, en 1943, tras la ocupación de las tropas alemanas del norte de Italia, ignorante por completo de las más elementales leyes militares, Primo Levi se adhirió al grupo partisano de Giustizia e Libertà que operaba en el valle de Aosta. Tras una denuncia hecha por un traidor del grupo de partisanos al que pertenecía, Primo Levi fue arrestado por la milicia fascista. Al declararse judío fue internado en un campo de tránsito, para finalmente acabar deportado a Auschwitz. Su formación de químico le ayudó a salvar su vida y trabajar en la fábrica I. G. Farben de Monowitz, en Auschwitz. Como él mismo relataría se salvó por una excepcional combinación de circunstancias particulares. En primer lugar, al ser químico, realiza un trabajo especializado y preciso, necesario para los ingenieros de las industrias alemanas, inmediatos patrones suyos, a medias con los verdugos de las SS, señores absolutos de la muerte y la vida dentro del campo. Pero uno de los azares de sobrevivencia más palpables con los que se encontró fue

el inmediatamente derivado de sus conocimientos lingüísticos. El idioma alemán era vociferado y gritado sin descanso a los prisioneros, a todas horas y sin interrupción (“los alemanes, los militares alemanes siempre gritan”). No poder comunicarse en aquella zona límite “resultaba físicamente mortal”. Los que iban muriendo, dirá Levi (2006), “tenían la impresión de morirse de hambre o frío, que sin duda era cierto, pero la causa principal era el aislamiento lingüístico”. Y Levi citará estadísticas evidentes: “Los judíos de Europa Central, o sea los judíos que hablaban alemán, sobrevivieron en una proporción diez veces superior a los judíos italianos” (Montero, 2006).

En enero de 1945, liberado por los soviéticos, Levi se vio arrastrado hacia atrás con el Ejército Rojo y comenzó un demencial y tortuoso periplo a través de Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Rumanía y Hungría. Por razones nunca aclaradas, la repatriación de aquel puñado de sobrevivientes italianos de Auschwitz –narrada en su obra *La tregua*– no culminaría hasta pasados nueve meses. Al llegar a Turín, pronto reemprendió su profesión de químico, la labor “de anfibio, de centauro” de toda la vida, como él decía: mitad escritor, mitad científico. Mucho después, el 11 de abril de 1987, Primo Levi se tiraría por el hueco de la escalera de la casa de Turín, la misma donde había nacido y a la que había vuelto después de pasar por el infierno.

La tregua, publicada en Turín en 1963, continuación narrativa de *Si esto es un hombre*, se reanuda con el último episodio del anterior relato; es decir, con la llegada de los libertadores rusos del campo de Auschwitz en enero de 1945. El libro comienza con la apocalíptica aparición –en un Aus-

chwitz abandonado por los nazis– de cuatro jinetes que, recortados contra un paisaje de nieve y con ametralladoras, observan cómo Primo Levi y un camarada entierran a un compañero, a Sómogoi, en una fosa común. Son jinetes del Ejército Rojo. Libro del retorno a casa es también la rocambolesca odisea de una Europa entre la guerra y la paz, en la que aquel puñado de sobrevivientes italianos de Auschwitz viajó casi un año a través de ella. Una Europa desolada y devastada, “en tregua”, apenas despertada de la pesadilla nazi y aún no caída bajo la influencia soviética del Telón de Acero y la Guerra Fría. Y una humanidad sobreviviente, empeñada en seguir adelante como sea, que pasea por las páginas de Levi amparada por las mismas cualidades de las que ya hacía gala el autor en *Si esto es un hombre*. Cualidades tanto humanas como literarias, reflexivas y estilísticas, para llevar a cabo la quirúrgica y escalofriante descripción de la fría organización por estratos de un campo, de la guerra, de la liberación, de cualquier lucha por la sobrevivencia.

Ayudado de su agudo talento y lucidez, Levi continuará construyendo su impresionante arquitectura de la existencia con su característica y fulminante capacidad de observación, su respeto por la verdad, su anhelo de comunicar y transmitir un amor indestructible por el ser humano. Junto a ello, está sin cesar presente una siempre asombrosa y magistral capacidad de reflexión, de análisis y síntesis de personajes y hechos acontecidos. A ello hay que añadir, en este libro y en otros tantos suyos, un suave y delicado sentido del humor, respetuoso y piadoso con cualquier “defecto de forma”, humano o no humano, observado por el camino. En *La tregua* su admirable

don narrativo continúa mostrándose esencial, sin abalorios, sumamente concentrado de expresiones, imágenes y conceptos a la hora de representar personajes y ambientes que pueblan la memoria de Levi a lo largo del viaje, trágicamente tortuoso, de retorno del infierno. Son frases casi aforísticas, precisas y cortantes, en las que nunca faltaba una cierta ironía caústica, típica del estilo sagaz, incisivo, penetrante y sutil de Levi.

Crecer como niño en Auschwitz

En uno de los magníficos ensayos (*Ensayo de Hamburgo*) que el escritor húngaro judío Imre Kertész (Budapest, 1929), Premio Nobel de Literatura en 2002 reunió en su libro *Un instante de silencio en el paredón. El Holocausto como cultura*, este autor se presenta sintéticamente ante el lector:

Nació en el primer tercio del siglo XX, sobrevivió a Auschwitz y pasó por el estalinismo; presencié de cerca, en tanto habitante de Budapest, un levantamiento nacional espontáneo, aprendí, como escritor, a inspirarse exclusivamente en lo negativo, y seis años después del final de la ocupación rusa llamada socialismo —o, si se quiere, del siglo XX desde un punto de vista histórico— encontrándose en el interior de ese vacío voraginoso que en las fiestas nacionales se denomina libertad y que la nueva constitución define como democracia —aunque también lo hiciera la anterior, la socialista—, se pregunta si sirven de algo sus experiencias o si ha vivido del todo en vano (Kertész, 2002: 29).

Esta era la melancólica, desencantada, y sarcástica, como siempre en su

caso, propuesta sobre sí mismo y sobre su inserción en el devenir europeo colectivo que Imre Kertész introducía una vez más en el corazón de uno de sus textos. Difundido fuera de las fronteras de Hungría sobre todo tras la caída del Muro y en especial a través de Alemania, donde desde hace años se le consideraba ya como todo un clásico, Kertész ha sido sin duda uno de los mejores escritores de nuestra época. Un escritor además que ha continuado y completado discursos tan terribles y magistrales como necesarios comenzados en la segunda mitad del siglo XX por autores como Primo Levi, Elie Wiesel o Paul Celan. Escritores adscritos —temática, biográfica y cronológicamente— a una generación, la generación perteneciente al trauma tantas veces indescribible del Holocausto, que hasta el galardón sueco concedido a Kertész no había sido reconocido literaria e internacionalmente a través de premios de esta categoría.

Por otro lado, Imre Kertész es también uno de los escritores que a través de la ficción, más insistentemente se han narrado a sí mismos, de forma autobiográfica, a la vez que como sujetos activos de un drama sucesivo histórico. Sujetos portadores de un “destino” no elegido que nunca podrán separar de su desarrollo posterior como persona. Así lo expresaba en su novela autobiográfica *Sin destino*, escrita décadas después de su paso por los campos de concentración nazis: “Yo había vivido un destino determinado; no era mi destino pero lo había vivido (...) Ahora tendría que vivir con ese destino, tendría que relacionarlo con algo, conectarlo con algo” (Kertész, 2001). Una “conexión” para la que emplearía toda una vida: su vida de escritor.

En 1975 Imre Kertész publicaría, en medio de un recibimiento más que tibio en su país, la novela que le otorgaría el reconocimiento internacional, *Sin destino* (2001): transfiguración a través de un personaje de ficción –un niño de 15 años– de su estancia real, a la misma edad, y durante año y medio, en distintos campos de concentración nazis, y en especial en Auschwitz. Al contrario que la pretendida “cosificación” con la que los nazis pretendían someter y vencer el último gramo de resistencia en la dignidad de la especie humana, este niño judío traído desde Budapest, después de que su padre también fuera deportado, logra no solo sobrevivir al infierno sino “vivir” junto a él, con él. Ya lo decía Robert Antelme (2001), a su vuelta de Dachau y Buchenwald, y al comienzo de su libro *La especie humana*: “El hecho de cuestionar la cualidad de hombre provoca una reivindicación casi biológica de pertenencia a la especie humana” (p. 11). György Köves, el niño que entra alegre y confiado con sus compañeros en algo que antes de su llegada creen que es solo un campo de trabajo obligado y una situación transitoria, dirá en el momento de su liberación; es decir, al final de esta dura novela de formación, una formación fraguada a pesar del intento de destrucción puesto en marcha por la maquinaria de exterminio nazi:

Incluso allá, al lado de las chimeneas había habido, entre las torturas, en los intervalos de las torturas, algo que se parecía a la felicidad. Al regreso, todos me preguntaban por las calamidades, por los “horrores”, cuando para mí ésa había sido la experiencia que más recordaba (Kertész, 2001).

Es decir, una experiencia de “hambre de vida” –como sucede en cualquier muchacho de su edad– que la adolescencia de György no ha dejado de sentir incluso en el infierno, contradiciendo el meditado y demoníaco proyecto nazi de “cosificación” y “anulación” total del individuo.

Como es de suponer, al principio, por lo inusual de su tratamiento y de su acercamiento al terror de los campos narrado por ese adolescente que se inicia a la vida a través de la muerte y de la aniquilación, y que al volver declara sentir “nostalgia” de ciertas horas –“mi hora preferida del campo”, llegará a decir– de su vida anterior, en la que nunca se dio cuenta “de que aquellos horrores eran horrores”; esta obra sería mal entendida y mirada con sospecha. Por la extrema desnudez clínica y descriptiva de lo narrado, por la ironía macabra, simple, infantil, que utilizaba el personaje para describir algunas emociones elementales que le mantenían con vida a las puertas de la muerte¹ la obra fue tachada, al principio, por algunos sectores, de “antisemita”. En España, la primera edición de esta atroz lección de iniciación a la vida-junto-a-la-muerte sería publicada, pasando prácticamente desapercibida, en 1996.

Un gran testigo de nuestro tiempo
Difundido fuera de las fronteras de Hungría a través de Alemania sobre todo –donde hacía años que se le consideraba todo un clásico– Imre Kertész sería un perfecto desconocido para muchos en el momen-

¹ “En mi interior identifiqué un ligero deseo –absurdo, pero muy persistente– de seguir viviendo, por otro ratito más, en este campo de concentración tan hermoso” (Kertész, 2001).

to en que le fue otorgado el galardón del Nobel: un autor que continuaría discursos tan terribles y magistrales como necesarios llevados a cabo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial por otros escritores judíos como él, que también habían pasado por los campos nazis. Unos escritores que encarnarían como pocos la definición que el mismo Kértész (2001), con la contundencia y crudeza desesperanzada que siempre le caracterizó, había dado para el siglo XX: “Ese siglo o pelotón de fusilamiento en servicio permanente”.

Tras la publicación de su novela autobiográfica *Sin destino* —una tarea nada fácil, en plena época comunista, a la que se le puso todo tipo de trabas— le siguió su igualmente espléndida novela de 1988 *Fiasco* (2009), otra de las mejores de su producción, junto al libro de ensayos de 1998 *Un instante de silencio en el paredón* (2002a). *Fiasco*, novela impregnada de principio a fin de un humor cáustico y surrealista, denunciaba las maniobras de las autoridades estalinistas húngaras de aquellos días para ocultar el Holocausto y para marginar y “anular” los testimonios de los sobrevivientes de los campos de concentración nazis. Un hecho que nunca dejaría de denunciar Kertész en vida: un motor siniestro, una cara negra y oscura de aquellos regímenes dictatoriales que nunca cesó una vez acabada la guerra, como prueba más que fehaciente de que el antisemitismo —en ninguna etapa de la historia— dejó de ejercer en Hungría sus tenaces e inmutables redes de persecución y hostigamiento.

La última parte de esta magnífica trilogía autobiográfica de Kertész aparecería en 1990, *Kaddish por el hijo no nacido* (2007), una impresionante reflexión entre filosófi-

ca, narrativa y ensayística sobre el tema del judío como víctima permanente de la historia y acerca de la entusiasta aportación teóricos y de filósofos como Heidegger a estas siniestras teorías racistas.

No olvidemos que Auschwitz no fue disuelto por ser Auschwitz, sino porque la evolución de la guerra dio un vuelco; desde Auschwitz no ha ocurrido nada que podamos vivir como una refutación de Auschwitz (Kertész, 2002a).

A estas obras se tienen que añadir novelas igualmente notables como *Liquidación* (2005) —la primera que apareció tras el Nobel, en 2003— y una serie de magníficos diarios o cuadernos de apuntes, a los que siempre fue muy aficionado, como son: de 1992 *Diario de la galera* (2004) y de 1997 el espléndido *Yo, otro, crónica del cambio* (2002b). A ellos se tendría que añadir un nuevo volumen aparecido poco después de su fallecimiento: *La última posada*. Diarios, estos últimos, en los que reflexionaba sobre la vejez y la enfermedad,² pero también sobre la preocupación por que hechos como el Holocausto se repitan en Europa y sigan sembrando el odio generación tras generación; por los dilemas a los que se enfrentan el Estado de Israel y judíos de la diáspora como él; feroces análisis de la deriva autoritaria en muchos casos de su país, Hungría, en la actualidad; el regreso del extremismo ya

² Como hizo igualmente su gran compatriota de fama internacional, Sándor Márai, muy admirado por Kertész y sobre el que escribió en numerosas ocasiones.

sea de derecha como de izquierda, a lo largo y ancho del mundo; las lecturas de sus autores favoritos, y los viajes que iba haciendo con motivo de la publicación de sus libros, o asistiendo a homenajes y celebraciones en torno a su obra.

Czesław Miłosz: mentes cautivas

En el célebre ensayo aparecido por primera vez en 1953 *La mente cautiva*, su autor, el escritor y Premio Nobel de Literatura Czesław Miłosz (Lituania 1911-Cracovia 2004) rememoraba los primeros congresos organizados en su país, Polonia, por los comunistas tras la Segunda Guerra Mundial. Se trataba de captar lo más rápido posible adeptos para la nueva fe totalitaria que se quería implantar. Las reuniones estaban destinadas a convencer a los artistas e intelectuales de aquellos días a que se “convirtieran” a las bondades del realismo socialismo. Ninguno de los asistentes, afirma Miłosz, esperaba la manipuladora, experta e “irrebatible” dialéctica marxista de los ponentes. Aunque casi ninguno de los oyentes creyera en aquella doctrina, muchos callaban. Los pocos que osaban expresar su desacuerdo eran rápidamente avasallados por los oradores con una cascada violenta y despectiva de argumentaciones, metódicamente preparadas. Y si no, dejaban caer sutiles amenazas a “aquellos a los que tenían que moldear”, relativas a su sobrevivencia como artistas en un futuro cercano.

“Nadie de los presentes estaba preparado para una discusión de ese tipo” (Miłosz, 2016). Existía una notable “desproporción entre el armamento teórico” esgrimido por unos puros fanáticos y unas mentes “desarmadas”, atrapadas de improviso, que

habían crecido hasta entonces en medio de una relativa libertad interior, a pesar de las crueldades y salvajismos de la guerra. Entonces, Miłosz pronunciará una frase que es clave para entender la sumisión y “encantamiento” de grandes masas de la población, en cada momento histórico, a través de burdas mentiras (“cultivadas siempre con una semilla de verdad”) y más o menos perspicaces manipulaciones, esgrimidas por los regímenes totalitarios. “Tenía la sensación de que formaba parte de un espectáculo colectivo de hipnosis” (*ibidem*).

Publicado en París, cuando Stalin aún vivía, y cuando él ya había cortado todos los lazos que lo unían al régimen comunista, *La mente cautiva* de Czesław Miłosz (2016), antiguo agregado cultural en diversas embajadas polacas al finalizar la guerra mundial, se convertiría en uno de los primeros análisis en profundidad escritos sobre la “hipnótica” alienación cultural y mental ejercida por los comunistas –“las democracias populares” como eran llamadas eufemísticamente– de los países del antiguo Telón de Acero.

El libro de Miłosz alcanzaría rápidamente la fama internacional, sobre todo en la época de la Guerra Fría. Traducido a multitud de lenguas y leído como un auténtico clásico a través de las épocas, como una especie de biblia pormenorizada y precisa de la sumisión y colaboración activa y entusiasta por parte de numerosos intelectuales (escritores, artistas, periodistas) a la ideología –o Nueva Fe, como la llamaba Miłosz– implantada. Un ensayo que durante años oscurecería su inmensa labor como poeta, recompensada con toda justicia en 1980 con el Premio Nobel de Literatura. Su largo exilio, primero en Pa-

rís y luego en la Universidad de Berkeley en Estados Unidos, duraría hasta la caída del Muro. Cuando le otorgaron el Nobel, prohibidos sus libros en su país desde hacía tiempo, eran muchos los polacos que ignoraban su existencia.

Un libro, por otro lado, ausente del instinto de venganza o de odio, propio de antiguos acólitos arrepentidos. El suyo era sobre todo un análisis quirúrgico, desapasionado, sereno, que evitaba las demoliciones sangrientas, los sarcasmos revanchistas, los ajustes de cuentas personalizados y en general la superioridad moral del humanizado frente al bárbaro.

Quizá sea mejor que no haya sido uno de los fieles (...) Esto no significa que no tenga que esforzarme en entender la Nueva Fe que siguen personas desesperadas, amargadas y que no encuentran esperanza en ningún otro lugar. Pero “entender” no significa “perdonarlo todo” (*ibidem*).

Porque Miłosz sabía de lo que hablaba: aquella Nueva Fe ideada por el comunismo, que reemplazaba fanáticamente a la religión, a las religiones tradiciones que habían educado hasta el siglo XIX a inmensas capas de la población, prometía “serenidad y felicidad” librar de las “preocupaciones materiales” a quienes la abrazaban y la adoptaban. Con el tiempo, él, por el contrario, se convertiría cada vez más en un ferviente católico, traductor de textos sagrados, y practicante de un elevado misticismo en su poesía. Su famoso ensayo (ahora reeditado por Galaxia Gutenberg en nuestro país) narra la “conversión” a la Nueva Fe por etapas. También, con

letras tan solo (Alfa, Beta, Gamma, Delta) ejemplificaba las distintas fases en la degradación personal, más o menos cínica, más o menos interesada o más o menos idólatra, de varios escritores de aquellos días, no citados por el nombre, pero plenamente reconocibles por todos en Polonia.

Los totalitarismos no se imponen de golpe. Avanzan poco a poco, tienen que convencer, seducir por fases, inocular sus venenos, implantar minuciosamente el germen del odio: “El Partido –dirá Miłosz– al observar la vida emocional de las masas, la enorme tensión que existe en su odio, nota que en este campo, el menos analizado por el marxismo, se esconden sorpresas” (*ibidem*). Aunque se hayan dominado las mentes, ahí, en el control del odio, existe una enorme y primaria “energía” supletoria.

Por increíbles que parezcan hoy aquellos métodos descritos por Miłosz en su libro de forma visionaria, esos círculos crecientes de adeptos que avanzan como una secta, no dejan de ofrecernos pavorosos ejemplos cotidianos hoy día. Receptáculos ardorosos de “estados de hipnosis colectiva”. También entonces Miłosz vio claramente que no solo se dirigía al interior, al corazón mismo de aquellas cárceles totalitarias del Este de Europa. Su libro, como él mismo declaró, iba sobre todo dirigido a Occidente. A ese Occidente que daba la espalda, como si se tratara de un desgraciado “fatalismo histórico”, al puñado de disidentes que, como él, habían decidido dedicar su vida a divulgar la realidad trágica de cada día, en aquellos regímenes dictatoriales.

Para cualquiera que no hubiera frecuentado demasiado la literatura centro-europea, como solía suceder antes de la caída del Muro, sobre todo en países como Espa-

ña, el Premio Nobel concedido a Czesław Miłosz en 1980 sería de vital importancia para acercarse y profundizar más allá de cuatro tópicos o ideas preconcebidas. Una divulgación de un amplio espectro o zona europea percibida como un bloque oscuro e indistinguible –Miłosz se referirá a este profundo desconocimiento tanto en *La mente cautiva* (2016) como en la entrada de su libro *Abecedario: diccionario de una vida* (2003a), titulada “Necedad occidental”– que, en el caso español y en el de muchos otros, habría que decirse llegaba a cuentas, si no es que en medio de un estado directamente desértico durante años. Ideas muy básicas que en el peor de los casos no eran más que dogmas miserables e interesadamente extendidos durante décadas de propaganda, entre las izquierdas internacionales, acerca de muchas de estas realidades absolutamente ignoradas. Realidades a las que, gracias a libros como *La mente cautiva*, asistíamos atónitos, pero también

en parte culpables, al conocer sus graves e implacables revelaciones.

Como el mismo Miłosz (2003b) dijo en su discurso de recepción del Nobel: “Existen sin ningún género de duda dos Europas, y nos ha sido dado, a nosotros, habitantes de la segunda, penetrar en el ‘corazón de las tinieblas’ del siglo XX”. Un cruel aislamiento dentro del mismo corazón de las tinieblas que, lacónicamente, aunque también con pesar y mucha rabia contenida, seguiría explicando en otros pasajes de su libro *Abecedario*: “Cuando me encontré en los Estados Unidos, recién acabada la guerra, no pude contarle a nadie qué había ocurrido en Polonia en los años 1939-1945. No me creían” (Miłosz, 2003a). Tres desencantadas palabras (“no me creían”) que recuerdan el sombrío vaticinio que le hicieron en su día a Primo Levi sus carniceros nazis de Auschwitz: “Cuando lo cuente nadie le creerá” (Levi y De Benedetti, 2015).

Bibliografía

- Améry, J. (2004). *Más allá de la culpa y la expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia, España: Editorial Pre-Textos.
- Antelme, R. (2001). *La especie humana*. Madrid, España: Enarena Libros.
- Brancati, V. (1941). *Gli anni perduti*. Florencia, Italia: Parenti.
- Brancati, V. (1949). *Il bell’Antonio*. Milano, Italia: Bompiani.
- Grossman, V. (2006). *Oeuvres* (Prólogo T. Todorov). París, Francia: Robert Laffont.
- Grossman, V. (2007). *Vida y destino*. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
- Herling-Grudzinski, G. (2012). *Un mundo aparte*. Barcelona, España: Libros del asteroide.
- Ilf, I. y Petrov, E. (1975). *Las doce sillas*. Madrid, España: CVS Ediciones.
- Jünger, E. (1987). *Tempestades de acero: segundo de El bosquecillo 125 y El estallido de la guerra de 1914*. Barcelona, España: Tusquets.
- Kerstész, I. (2001). *Sin destino*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kerstész, I. (2002a). *Un instante de silencio en el paredón. El holocausto como cultura*. Barcelona, España: Herder.
- Kerstész, I. (2002b). *Yo, otro. Crónica del cambio*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kerstész, I. (2004). *Diario de la galera*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kerstész, I. (2005). *Liquidación*. Madrid, España: Punto de lectura.

- Kerstész, I. (2007). *Kaddish por el hijo no nacido*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kerstész, I. (2009). *Fiasco*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kerstész, I. (2016). *La última posada*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kis, D. (2007). *Una tumba para Boris Davidovich*. Barcelona, España: Acantilado.
- Kis, D. (2008). *Enciclopedia de los muertos*. Barcelona, España: Acantilado.
- Klemperer, V. (2001). *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo* (Traducción por A. Kovacsics). Barcelona, España: Editorial Minúscula.
- Koestler, A. (2011). *El cero y el infinito*. Barcelona, España: De Bosillo.
- Levi, P. (1988). *La tregua*. Barcelona, España: Muchnik.
- Levi, P. (1989). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, España: Muchnik.
- Levi, P. (1999). *Si esto es un hombre*. Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2001). *La llave estrella*. Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2002). *Lilith y otros relatos*. Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2004). *La búsqueda de las raíces*. Barcelona: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2006). *Deber de Memoria*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal.
- Levi, P. (2010). *Defecto de forma*. Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2011). *El oficio ajeno*. Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2013a). *Si ahora no, ¿cuándo?* Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2013b). *Historias naturales*. Barcelona, España: El Aleph Editores.
- Levi, P. (2014). *El sistema periódico*. Barcelona, España: Península.
- Levi, P. y De Benedetti, L. (2015). *Así fue Auschwitz. Testimonios 1945-1986*. Barcelona, España: Península.
- Malaparte, C. (2010a). *La piel*. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
- Malaparte, C. (2010b). *Kaput*. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
- Manea, N. (2005). *El regreso del húligan*. Barcelona, España: Tusquets.
- Marx, K. (1974). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. México: Grijalbo.
- Mislosz, C. (2003a). *Abecedario: Diccionario de una vida*. Madrid, España: Turner/Fondo de Cultura Económica.
- Mislosz, C. (2003b). La conspiración del silencio. *Discursos Premios Nobel* (Tomo II, prólogo de J. Chalarca). Colombia: Tutivillus.
- Mislosz, C. (2016). *La mente cautiva*. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
- Montero, G. (2006). Conversación con Primo Levi. *Assaig de Teatre: Revista de l'Associació d'Investigació i Experimentació Teatral* (52-53). Barcelona, España: Universitat de Barcelona.
- Shalámov, V. (2007). *Relatos de Kolimá*. Barcelona, España: Minúscula.
- Wat, A. (2009). *Mi siglo. Confesiones de un intelectual europeo*. Barcelona, España: Acantilado.